



IV
DIABLO
LORD OF HATRED

PESADILLA ALADA



ADREONA



DE
JONATHAN MABERRY



HISTORIA
JONATHAN MABERRY

ILUSTRACIONES
KIRSEEL

EDICIÓN
MEGAN WALKER

DISEÑO
SOPHIE ERB

DIRECCIÓN ARTÍSTICA
ALEX CRESWICK

ASESORAMIENTO SOBRE LA HISTORIA
IAN LANDA-BEAVERS

ASESORÍA CREATIVA
MATT BURNS, CASSIEL CHADWICK,
CHLOE FRABONI, ZAVEN HAROUTUNIAN,
DAVID LOMELI

PRODUCCIÓN
HANNAH MATTISON, BRIANNE MESSINA,
TAKAYUKI SHIMBO, JT TORREA, TRACY WANG

TRADUCCIÓN
ALICIA SUÁREZ PORTA, MARÍA GARRIDO DE
VEGA



© 2026 Blizzard Entertainment, Inc. Blizzard y el logotipo de Blizzard Entertainment son marcas comerciales o marcas registradas de Blizzard Entertainment, Inc. en EE. UU. u otros países.

Publicado por Blizzard Entertainment.

Esta historia es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación del autor o artista o se utilizan de manera ficticia, y cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, establecimientos comerciales, eventos o lugares es mera coincidencia.

Blizzard Entertainment no controla y no asume responsabilidad alguna de los sitios web del autor o de terceros, ni de su contenido.



Presta atención, pues soy la reina del Oráculo. En mí está saber lo que es, lo que ha sido y lo que será.

Los sueños son la entrada a la mente dormida, ese oscuro lugar donde ventanas y pasajes cerrados no pueden detener la inminente verdad.

En sueños planeamos y esperamos, conspiramos y creemos... y nos despertamos pensando que hemos resuelto todos los dilemas, que hemos desvelado todos nuestros secretos.

Ah, cómo se deleita el universo con tal fe. Como si la melodía de un esperanzado soñador pudiera imponer su voluntad en el mundo real.

Mas la verdad no se revela en los sueños. No, la verdad aguarda en las tenebrosas galerías cubiertas de telarañas de las pesadillas.

Y tiene un precio.

Ah, sí, y qué precio...





ADREONA

Adreona había pasado gran parte de su vida luchando contra una tormenta de lanzas en busca de consuelo. Ahora, como guerrera y reina, por fin disfrutaba de lo ganado a golpe de acero y sangre.

Paz.

Caminaba por la capital, la brisa marina acariciaba su rostro. La gente la veía y la paraba; no solo para rendirle pleitesía, sino para darle las gracias con una sonrisa por todo lo que había hecho.

Amaban a su reina y ella amaba a su gente. En las tabernas se entonaban canciones sobre su valor y coraje. Al caminar, podía sentir el peso de su lanza. Se había vuelto muy pesada, no era la primera vez que lo notaba. El tiempo, implacable, la había cogido desprevenida. Había mermado su cuerpo y añadido peso al arma que otrora sentía ligera como una pluma en su mano.

Una niña se acercó corriendo desde uno de los puestos del mercado. Llevaba una manzana roja madura, grande y jugosa. Se la acercó en sus manitas rosadas a Adreona en señal de ofrenda.

—¿Un obsequio para nuestra amada reina? —dijo titubeando de una manera entrañable.

Adreona se inclinó para cogerla. Bendijo a la niña y disfrutó del orgullo y la alegría que esta sentía al ver a la reina darle un mordisco.

De vuelta al palacio, su corazón fue perdiendo la liviandad. Con cada paso iba sintiendo dolor, un dolor que le recordaba todo lo que había sacrificado por su reino. ¿Todas las reinas que la habían precedido habían sentido la misma carga?

Se retiró temprano, tomó un brebaje somnífero y se dispuso a dormir profundamente, con la esperanza de que el sueño ahuyentara las dudas.



Pero el sueño es una entrada y ella la atravesó hacia un lugar de oscuridad.

A lo lejos, oyó a su escudera llamándola por su nombre; la voz de la veterana oficial estaba teñida de miedo. Eso hizo que la reina se girara alarmada.

—¿Qué ocurre?

—Mi reina —gritó la escudera señalando el balcón fuera de la estancia. —Llegaron al amparo de la noche.

Ellos.

Adreona se asomó al balcón y contempló con horror lo que llenaba la bahía. Velas. Docenas de velas. No, montones de velas. Velas latinas negras con el símbolo de una calavera en llamas.

—Son piratas, mi reina —exhaló la mujer.

—No —dijo Adreona. —No son piratas...

—Entonces, ¿qué? Ondean la bandera de la muerte. ¿Cuáles son sus órdenes? ¿Debería ir a su encuentro? ¿O... se están resguardando de la tormenta? ¿Será eso? ¿Se ponen a salvo en nuestro puerto hasta que pase?

Adreona negó con la cabeza. La indecisión le impedía hablar.

Si estaba en lo cierto en lo que respectaba a las velas, la diplomacia no serviría de nada. *Llámalo por su nombre*, se dijo a sí misma. La verdad siempre había sido uno de sus puntos fuertes. Sin rodeos ni miramientos. Esas velas eran *suyas*.

La muerte había llegado a su bahía.

Aun a sabiendas, no podía pronunciar su nombre. Ni siquiera pensarlo.

Se volvió y tocó el hombro de la capitana. —Cierra la ciudad. Da la alarma, pero hazlo de manera discreta. No montes un espectáculo, pero quiero a todo el mundo lanza en mano. ¡Corre!

La escudera se quedó atónita por un momento, luego se dio la vuelta y echó a correr espetando órdenes a sus oficiales.


Las edecanes entraron con la armadura de Adreona. Ella se puso de pie, con los brazos extendidos a los lados y el rostro serio y adusto mientras le colocaban y brochaban cada pieza. Grebas y guanteletes, coraza y casco. Y su lanza.

La poderosa Espina de Skovos, pasada de reina a reina. Su asta se había bañado en sangre, y Adreona la había usado para matar humanos y monstruos, soldados y demonios.


Con la armadura puesta, salió de la estancia y bajó las escaleras sinuosas. Sus fuerzas la estaban esperando con sus lanzas brillando en plateada promesa.

Adreona asintió con la cabeza.

—La ciudad está bajo ataque —dijo—. Este enemigo no nos dará cuartel. Nada. No está aquí para conquistar, mas para derrotar.



EL TIEMPO SE
TRABABA Y
COLAPSABA BAJO EL
PESO DEL HORROR.
UN INSTANTE,
ESTABA DENTRO
DE LA SALA Y, AL
SIGUIENTE, SE
ENCONTRABA EN
MEDIO DE UNA
FEROZ BATALLA.



Hizo un gesto señalando a todos y todo lo que había en su tierra.

—La muerte ha venido a por nosotras, hermanas —dijo con amargura—. Vamos a enseñarle lo que cuesta cada gota de sangre amazona.

Estas antiguas palabras ya habían sido pronunciadas en batallas lejanas, pero vio cómo erguían la espalda sus jóvenes alabarderos, cómo se prendía el fuego en sus ojos.

Sin embargo, al sacar la lanza, vio pequeños destellos de duda en los rostros de sus capitanas veteranas. Estas se habían percatado de cómo luchaba con su arma, de cómo su armadura ralentizaba sus movimientos. Tenían el rostro pálido, pero se forzaron a prestar atención.

Juntas se apresuraron a enfrentarse al enemigo.

El tiempo se trababa y colapsaba bajo el peso del horror. Un instante, estaba dentro de la sala y, al siguiente, se encontraba en medio de una feroz batalla. El ritmo era trepidante, pero Adreona podía sentir el familiar dolor en sus extremidades que le provocaban las horas de lucha.

Horas.

Le pesaban los brazos y, aunque su lanza estaba teñida de rojo, la sentía lenta y torpe. Demasiado tiempo. Demasiado peso. Hasta sentía la empuñadura rara en su mano.

A su alrededor, se libraba una batalla con acero y fuego.

Y los cuerpos.

Los cadáveres se amontonaban a su alrededor; ninguno completo, trozos y tajadas fundiéndose en una pesadilla carmesí. Buscó marineros vestidos de negro con una calavera en llamas en su armadura; había muchos. Pero había más amazonas que enemigos entre los muertos.

Muchas más. Sus guerreras habían nacido para la batalla y todas habían vadeado lagos de sangre. ¿Cómo podían haber caído así? Algo iba mal. Era una locura. Adreona sintió el mundo resquebrajarse a su alrededor.

El estruendo de la batalla la había dejado medio sorda. O quizás sus sentidos le estaban fallando. La razón también le estaba flaqueando.

Una de sus capitanas, una guerrera consumada, cayó de rodillas al suelo, sus manos presionaban una herida mortal en el estómago. Miró a la reina con expresión extrañada y desconcertada.

—¿Por qué, mi reina? —suplicó—. ¿Por qué hemos atacado?

—¿Cómo? —preguntó Adreona.



—Solo estaban de paso. ¿Por qué hemos...? —Y sin terminar la pregunta, la capitana murió.

Adreona retrocedió tambaleándose y al girarse descubrió a muchas más amazonas en el suelo, sus cuerpos meros trozos de carne ensangrentados.

Entonces, una sombra se cernió sobre Adreona. La reina se volvió y vio a un hombre vestido de negro. Llevaba un símbolo en el pecho, pero ahora que lo veía de cerca, Adreona se percató de que llevaba bordado en el pecho un pelícano con las alas abiertas volando frente al sol del alba. No era un asesino que servía al Odio, sino un comerciante.

En su mano, una cimitarra goteaba sangre; su cara rezumaba ira, dolor y confusión.

—Reina Adreona, —dijo—, ¿por qué habéis hecho esto? Vinimos en paz para ofrecerle nuestra mercancía, y nos ha tendido una emboscada. ¿Acaso habéis perdido la razón? Antaño fuisteis una gran reina: estricta pero justa. ¿Cómo habéis acabado así? ¿Con la edad habéis perdido la cabeza?

La reina miró la lanza que sostenía en la mano y soltó un grito de terror. La empuñadura estaba rota; la hoja, picada y astillada. Pero lo que era mucho peor era que la mano que la sostenía estaba ajada y marchita. Una mano envejecida, no la de una guerrera.

—Vinimos en paz —espetó el marinero—, pero eligió la guerra. Que así sea. Si aquí no hay paz, si la guerra es lo único que nos ofrece, entonces *tomaremos* lo que necesitamos bajo el manto de la justicia. Nos arrancó la primera sangre, pero nosotros derramaremos la última.

—No... Yo...

—Silencio —masculló levantando el arma—. Ha traicionado a su pueblo forzando esta guerra. Cada gota derramada es por su culpa. Y para que todos sepan que Skovos está envenenada de traición, quemaremos esta ciudad hasta los cimientos. Arrasaremos cual tormenta todas sus islas y erradicaremos este mal de raíz. Ha fallado como reina, es débil y traicionera, y la borraremos de las páginas de la historia.

Adreona retrocedió tambaleándose tratando de levantar su lanza rota. A su alrededor, las amazonas caían. Pero incluso al morir, la miraban con reproche y desesperanza. Sus labios pronunciaban su nombre, pero ya no como grito de guerra, ya no con amor. Sino como maldición. *Ella* les había fallado, y ellas iban a morir maldiciéndola.

Su lanza era demasiado pesada, y aunque pudiera levantarla lo suficiente, ya no tenía fuerza para esquivar el golpe. La cimitarra la alcanzó haciéndola despertar entre gritos.

Adreona se había caído de la cama, su corazón latía desbocado y sentía un nudo en la garganta al tratar de respirar.

Se giró para mirar la ventana. El sol se colaba entre las ondulantes cortinas. La reina inclinó la cabeza para prestar atención.

No había lamentos. No había choques de espadas contra escudos. No había gritos agonizantes.

—Un sueño... —susurró mientras se giraba—. Solo ha sido eso.

Pero un sonido le hizo levantar la vista. En el alféizar de la ventana, un cuervo batía sus alas. Era viejo, sus plumas ralas, pero la atravesaba con la mirada. En sus ojos parecía contener cada miedo, cada secreto, cada fragmento de la profecía pesadillesca.

—No... —exhaló.

El cuervo solo la contempló con sus profundos ojos negros.



A hora lo ves.

Nadie, ni erudito ni reina ni guerrero, es dueño de su alma. Nadie se libra de las consecuencias del saber. A todos nos atormentan nuestros actos. Cada elección nos ha impulsado a seguir nuestro camino. Cada decisión, por mucho que pensemos que es justa, corta como un cuchillo. Por esas heridas sangran nuestra esperanza, nuestra pureza. Con cada herida, invitamos a la corrupción a invadir nuestra carne y sangre.

Y aun así...

Algunas mentes son más difíciles de corromper. Para bien o para mal... ¿Quién sabe?

Me despierto de mis propios sueños..., mis propias pesadillas. Mis ojos se apartan del terror; no obstante, sigo viendo. Sigo *sabiendo*. Las palabras se me escapan de los labios.

—Algo se aproxima —digo—. Fuera, en los árboles, mil aves nocturnas graznan aterrorizadas. —Algo terrible... se aproxima...

BIOGRAFÍA DEL AUTOR

JONATHAN MABERRY es un autor superventas del *New York Times* galardonado cinco veces con el premio Bram Stoker, cuatro veces con el premio Scribe y una vez con el premio Inkpot; ha escrito más de cincuenta novelas y editado treinta antologías. También es escritor de cómics, poeta, productor ejecutivo y profesor de escritura. Sus libros de *V-Wars* se convirtieron en una serie original de Netflix; su novela *Ruina Y Putrefacción* está en fase de desarrollo para una película con Alcon Entertainment; y sus novelas de suspense de *Joe Ledger* están en proceso de adaptación para televisión por Chad Stahelski, director de las películas de *John Wick*. Escribe obras de terror, ciencia ficción, fantasía, aventura y suspense, entre otros géneros. Es presidente de la International Association of Media Tie-In Writers y editor de *Weird Tales Magazine*. Para consultar más información, visita jonathanmaberry.com.